

A 15.781 metros sobre el nivel del mar

Por el Prof. PICCARD

=De La Nación. Buenos Aires.=

Si he logrado éxito en la realización de mis planes, ha sido gracias a la competencia de mis colaboradores. En la sala de física de la Universidad de Bruselas habíanse efectuado ya, sin apreciables resultados, algunos experimentos con objeto de calcular el efecto de los rayos cósmicos que llegan a la Tierra; pero como la atmósfera terrestre es un obstáculo considerable para esta clase de rayos, me pareció que para obtener mejor resultado en dichas pruebas era necesario salir fuera de esta atmósfera.



Dibujo de Luis Macaya.

Gracias a la ayuda pecuniaria prestada por el fondo nacional para Investigaciones Científicas, y a la desinteresada cooperación de mis auxiliares, he podido llevar adelante mis propósitos. Calculé que el globo ascendería a razón de tres metros por segundo, pero merced a un conjunto de circunstancias, y especialmente a la forma del aeróstato, tomamos una velocidad ascensional de ocho y nueve metros por segundo. Como lo ha establecido la Federación Aero-náutica de Suiza, alcanzamos una altura de 15,781 metros.

No he tenido jamás intención de considerar esta prueba como un *record* mundial de aficionados, pues no he abrigado nunca ambición de tal índole; el propósito de la ascensión ha sido exclusivamente científico. Con M. Kipfer, compañero de viaje y colaborador, decidimos llegar a una altura en la cual la presión atmosférica fuera tan sólo una décima parte de la de la superficie terrestre. En el punto más lejano de la Tierra nuestro barómetro señaló 76 milímetros, o sea un décimo de la presión común sobre el mar. Habíamos, pues, logrado nuestro objeto.

La inconsciencia, o una gran osadía, podría indudablemente superar esta altura, pero tal empresa haría necesario salvar numerosas dificultades. Si, por ejemplo, la

finalidad fuera alcanzar los 21,000 metros, requeriríase un globo dos veces mayor que el mío y eso implicaría un costo considerable. Si con mi aeróstato, que mide 55 metros de altura total, la ascensión fue complicada y peligrosa, cabe imaginar lo que sería en un globo de doble volumen. En lo que a mí respecta, no experimento deseo alguno de tomar parte en otra expedición de tal carácter.

He oído decir que Painlevé, el célebre matemático francés, tiene la esperanza de que mi tentativa pueda repetirse con aparatos de mayor tamaño donde se instalen laboratorios especiales para efectuar observaciones y experimentos en la estratosfera. En este caso los investigadores deberán resolver de antemano numerosos problemas. El peso total de mi aparato no excedía de 200 kilogramos, pero únicamente la conjunción de numerosas circunstancias favorables nos libró de un accidente serio. Si la ascensión constituyó un problema grave, el descenso no lo fue menos. Mi compañero y yo fuimos arrastrados durante dos horas, dentro de nuestra barquilla de aluminio, ignorantes de la suerte que nos aguardaba. La pérdida de gas y nuestra caída sobre la cima nevada de una montaña nos salvó de perecer asfixiados por falta de oxígeno, casi agotado, según lo comprobamos cuando abrimos las válvulas de babor. Para felicidad nuestra no encontramos corrientes de

aire al tiempo de tocar tierra; pues, de haber sido así, nuestra prisión metálica se hubiera estrellado contra alguna roca o caído al fondo de un precipicio. Al llegar a una altura donde el aire estaba ya muy enrarecido, descubrimos que a consecuencia de una válvula mal cerrada perdíamos continuamente aire. Como urgía evitar este escape del oxígeno, indispensable para nuestra existencia, nos dedicamos a reparar el desperfecto de la mejor manera posible.

El objeto cierto de nuestra expedición: medir la energía de los rayos cósmicos, no fue completamente logrado, pero por lo menos confirmamos nuestra certidumbre de que la fuerza de esta irradiación aumentaba a medida que ascendíamos. Aparte de lo expuesto, nuestro viaje nos proporcionó una serie de datos curiosos. Demostramos que en la estratosfera es factible la navegación; que resultará harto más fácil gracias al constante perfeccionamiento de los aparatos técnicos. Esta es una comprobación de capital importancia para los aeroplanos que, sin la resistencia que ofrece el aire, podrán desarrollar velocidades fantásticas.

Uno de los inconvenientes más desagradables en el vuelo a tan grande altura es la diferencia de temperaturas. Mientras el interior del globo se recalienta, el exterior se congela. La temperatura más baja registrada en la estratosfera osciló entre 55 y 60 grados centígrados bajo cero, y en la barquilla, el termómetro marcó 40 grados sobre cero.

Las observaciones a realizar en la estratosfera revestirán suma importancia para la astronomía, siempre que sea posible eliminar los movimientos oscilatorios del globo o del aeroplano donde trabaje el astrónomo. Las investigaciones astronómicas se tornan difícilísimas, por no decir impracticables, debido a la humedad de la atmósfera terrestre, obstáculo que no existe en la estratosfera.

berlo tomamos posesión de ella Al resolvernos y sentirnos, tomamos esta posesión de nosotros y esa constante posesión de sí mismo que va unida a cuanto hacemos y somos diferencia el vivir de todo lo demás. Desde siempre ha tenido el hombre intuición de este saberse; este verse, este darse cuenta era el atributo primordial de la vida.

Allá en las religiones de Egipto hay un rito macabro, pero sumamente expresivo. Cuando Osiris, que representa la vida universal, muere, su hermana Isis le hace tragarse el ojo del gavilán, y apenas el ojo ha

penetrado en el cadáver, Osiris renace, porque ha entrado en él la visión. De este viejísimo mito milota ha venido, y por todo el Mediterráneo se venera, esta imagen que es fundamento de la vida bajo la impresión gráfica del ojo de la Providencia.

Vivir es, por lo pronto, verse a sí mismo. Esté verse, este sentirse que hace que mi vida sea mía, que me da posesión de ella, es lo que le falta al loco. La vida del loco no es suya, y por eso no es ya vida. De aquí que sea azorante la presencia de un loco, porque el loco no ofrece la perfecta fisono-

mía de una vida, porque la suya es sólo una máscara y a través de ella hay sólo una esencia de la realidad. El loco, al no saberse a sí mismo, no se pertenece; se ha expropiado, y expropiación, pasar a la propiedad y posesión ajena, es lo que significan todos los nombres con que denominamos la demencia: enajenación, alienado, que está fuera de sí, que está ido—decimos—de sí mismo. Es un posído, se entiende, poseído por otro.

La vida es evidencia. Todo lo que la constituye es evidente para el que la sufre. La